



## COMUNICACIÓN ACADÉMICA N° 1713

*Del académico de número don  
Roberto Selles, acerca de*

### LEÓN BENARÓS

Señor Presidente:

Querido –y a partir de ahora, también inolvidable– Benarós: Ya lo ve. El inconveniente en nuestro país es no ser un tipo mediático, cantante de moda o comentarista de chismes del ambiente, o pseudo-periodista, o muchacha que exhibe su anatomía porque le es imposible exhibir su talento, o inútil que se pasea ante las cámaras, o lo que sea, pero mediático. Le digo esto ahora, porque la circunstancia de que haya desaparecido una personalidad de la cultura nacional parece preocupar a muy pocos en estos días que corren.

Porque muy pocos se han preocupado por su partida, tan lamentada para quienes, además de valorarlo, lo queríamos (y seguimos queriéndolo). Pero, acá, entre nosotros, Benarós, puedo decirle que usted estaba más allá de esa liviandad mediática de estimar, precisamente, lo liviano. *Antiguas ciudades de América, El rostro inmarcesible, Romancero argentino, Canto de amor a Buenos Aires, Elisa Brown, El río de los años, Leyendas argentinas, Mirador de Buenos Aires* y tantos otros libros, o los mil y un artículos que escribió para *Atlántida, Sur, Nosotros, Lyra, Folklore, Tanguera, La Nación, Clarín, Todo es Historia* y muchas otras publicaciones volverán a ser leídos, o serán descubiertos por las futuras generaciones cuando esta gilada de frívolos rostros mediáticos sea apenas un puñadito de nada.

Y estoy seguro de que sus tangos, milongas y canciones han de seguir escurriéndose de los discos, y asaltando la nostalgia de quienes los hemos oído o el asombro de los que vayan descubriéndolos.

Porque ¿cómo no ponerle oreja a tanta belleza que usted supo regalarnos? Y estoy refiriéndome a “Oro y gris” (donde soltó, como al descuido, aquella bellísima imagen que decía “estoy poblado de tu ausencia”), a “Recordando a Arolas”, que remató con esta décima:

Si algún organito añejo  
pasa por el arrabal  
o alguien silba –bien o mal–  
el tango «Derecho viejo»,  
nos estremece el pellejo  
su responso milonguero  
y un réquiem arrabalero  
tiritita en las calles solas.  
¡Es que rezan por Arolas,  
y hay que sacarse el sombrero!

También pienso en “Buenos Aires tres mil”, en el que le tira un consejo a la ciudad que no verá: “No pierdas nunca tu rostro ni la fe / ni la ternura del íntimo café. / No dejes apagar el sol de la amistad, / mi muy querida futura ciudad”). Me acuerdo también de “Simplemente Cátulo”, un preciso retrato del recordado Catulín:

Mirá que fue capricho del viejo talentoso,

a vos, que fuiste tango desde tan chiquilín,  
plantarte esos dos nombres de tono prestigioso  
de Cátulo y Ovidio, dos vates en latín.  
No importa, vos hiciste de Cátulo bandera  
y Cátulo se llama la noche fraternal  
y Cátulo la esquina que Manzi conociera  
y Cátulo la luna profunda de arrabal.

También puedo referirme a sus canciones campesinas, como la chacarera “¿Se acuerda, doña Maclovía?”, que nos develó su dolor por el dolor de los demás:

Cuando pasé por Herrera,  
esa madrugada fría,  
de ver tanto pobrerío,  
el corazón me dolía.

¿Sabrán los que tienen tanto  
lo que un pobre necesita?  
¡Tan hartos que hay para algunos  
y para muchos, nadita!

O la delicada zamba “La tempranera”, aquella “tristísima elegía” a la “niña primera, amanecida flor”, que a todos nos trae, desde las brumas de la memoria, algún añoso amor de nuestros primeros palotes en el amor. Y podría recordar tantas otras cosas de su cosmos cancionístico...

O, más allá de la canción, recordar que fue también pintor. Guardo con cariño una pequeña pintura suya, aquella que una vez me obsequió. Usted tendrá todavía memoria de eso, ¿verdad? Y me surgen, de pronto, sus aptitudes para la guitarra. ¿No ha olvidado seguramente que, cuando presenté mi libro *Historia de la milonga* –esas investigaciones que durante años usted me había instado a que las diera a prensa–, lo invité a hablar en la presentación –lujos que uno suele darse a veces– y usted le solicitó la guitarra al cantor que actuaría y nos deleitó tocando una milonga?

Pero quiero recordar también otras cosas, las que me confesó hace una década, en un reportaje. “Entré en el tango por Manzi –me decía–; el secretario de un juzgado de paz donde yo estaba trabajando era muy amigo de él. Yo había escrito “Recordando a Arolas” y Manzi me presentó a Pedrito Maffia, que me dijo: «No, esto es para Piana». Piana le puso música y se cantó en la película *Derecho viejo*”.

Usted recordará, Benarós, que tuvo la ocurrencia de desdoblarse en otros Benarós que se llamaban Ernesto Segovia (“por el Segovia al que Mendizábal le había dedicado “El entrerriano”, supo aclararme) y en Juan Garre (eso también me lo develó, cuando me dijo que, al comenzar a componer con Piana, pensó: “si cae algún caso al estudio, van a decir que soy un abogado milonguero”). Pero, ¡qué quiere que le diga! Para mí que, como era tanto su talento, la humildad que le conocimos lo obligó a ocultar algo de ese talento en otros nombres.

Me interesa recordar, además, la gran estima que le tenía Borges –¡nada menos que Borges!–. Usted me lo contó, que “Oro y gris” había surgido cuando Ben Molar le dijo: “Borges sostiene que usted no puede faltar en el disco *Catorce con el tango*”. Así eligió componer con Mores, quien le dio un tango que pensaba destinarlo a Aznavour, al que tituló “Oro y gris”, que después también se cantó en francés.

Mientras recuerdo todo eso, lo veo ahora en la foto que reproduce *Clarín* –una de las dos publicaciones que supieron quién acababa de írseles–, donde se lo ve, caseramente, de boina, sentado en el patio y mirando hacia arriba; no sé si esperando a

la inspiración o pensando que alguna vez se plantaría a ese cielo que ahora, sin duda, lo aloja, porque, créame, usted se lo tenía ganado. Y me resta parodiar a Enrique Bugatti, que, en una de las dos notas que ese diario le consagró, lo parodió a usted y dijo: “voy a quedar poblado de su ausencia”.

Sí, querido –y a partir de ahora, también inolvidable– Benarós, estamos poblados por su ausencia. Pero no vamos a darle el gusto de hacernos creer que se fue, porque no se fue del todo; se quedó en su obra y en nuestro recuerdo. Y cualquier día vuelve a aparecérsenos, cuando abramos un libro o pongamos en el tocadiscos alguna de sus canciones, y nos dice –como supo decirle a Cátulo y como si la muerte no existiera–: “Tomemos juntos el último café”. Vamos, Benarós, esta vez pago yo.

Buenos Aires, 1º de septiembre de 2012

ROBERTO SELLES  
Académico de número  
Titular del Sillón “Dante A. Linyera”